

El movimiento obrero en América Latina: una visión histórico comparativa

*José Othón Quiroz Trejo
y Luis Humberto Méndez y Berrueta**

PREFACIO

El presente trabajo es una visión sobre el movimiento obrero en América Latina a través del tiempo y una pausa para observarlo, una revisión de su historia reciente y un análisis del momento que vive en la actualidad. Es una mirada hacia un espejo, una reflexión comparativa de adentro hacia afuera, y viceversa, para comprender lo que ha sucedido con el movimiento obrero mexicano. Es una propuesta de análisis que busca surcar por las aguas de dos tiempos, por dos paradigmas, dos formas de funcionar de una estructura económica y las batallas de quienes son impactados por sus cambios: los trabajadores y sus organizaciones.

Es sincrónico, porque pretende mostrar su estado actual después de los impactos que ha sufrido en su reestructuración más reciente a través, entre otras cosas, de la llamada reconversión industrial y los ajustes estructurales. Es diacrónico, porque intenta observar sus transformaciones mediante el seguimiento de los ciclos que ha seguido durante este siglo



IZTAPALAPA 42
julio-diciembre de 1997
pp. 253-276

* Ambos son profesores investigadores del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

hasta llegar a donde está ahora. Es una propuesta de abordaje que intenta sintetizar lo recuperable de un viejo esquema de interpretación con el paradigma que está constituyéndose, sedimentándose, en esta crítica y larga transición.

En este amplio marco de análisis se mezclan categorías, conceptos y nociones de un pasado cercano —donde el movimiento obrero y la producción todavía representaban la centralidad— con un presente en proceso de definición —donde cobran fuerza los movimientos sociales que se mueven en el espacio y el tiempo de la reproducción y la sociedad civil—. Amplio marco de interpretación que trata de responder a la riqueza de los datos, experiencias, formas de organización y de lucha ante un orden económico, político y social diferente al Estado de bienestar, a los populismos y corporativismos estatistas con que respondió el mundo a la crisis del '29. Enfoque que no se propone ser comprobado por la realidad o deducir a partir de él, sino, por el contrario, responder a ella, a las preguntas de un orden político y socioeconómico en movimiento. Paradigma que busca historiar la información, encontrar diferencias o semejanzas y vislumbrar algunas tendencias y conclusiones sobre el tema.

INTRODUCCIÓN

Algunas de las reflexiones de Claus Offe sobre los nuevos movimientos so-

ciales en Europa, elaboradas en 1982, son aplicables a lo que vive América Latina. Su propuesta es un modo de observar la situación actual como una confrontación de dos etapas de la historia contemporánea, una que se agota y otra que surge. Momento que vive la presencia de dos órdenes diferentes formados por elementos estructurales y formas de hacer política, paradigmas políticos que el autor define como "un modelo comprensivo de lo que caracteriza la política. Un paradigma político permite contestar a cuestiones interrelacionadas tales como: a) ¿Cuáles son los contenidos y temas principales de la acción colectiva? b) ¿Quiénes son los actores y de qué modo pasan a ser actores colectivos? c) ¿Cuáles son los procedimientos, tácticas y formas institucionales adecuadas para tratar conflictos?" (Offe, 1988: 243).

El viejo paradigma se sostenía sobre una estructura económica que garantizaba la obtención de ganancias adecuadas para mantener un buen nivel de vida a través del salario directo y del salario social. Las organizaciones de los trabajadores participaban en los mecanismos de distribución y seguridad social, junto con las representaciones patronales y el Estado en su modalidad benefactora. Estas negociaciones se plasmaban en pactos que regulaban lo económico, lo político y lo social, ámbitos sobre los que se movían los actores colectivos entre los cuales, uno de los más relevantes,

eran los trabajadores organizados en sindicatos. A diferencia de Europa central, donde la democracia liberal era el complemento político del Estado de bienestar,¹ en América Latina se daba una relación, más o menos corporativa de acuerdo con las especificidades de cada país, que se establecía entre el movimiento obrero y los gobiernos militares o democráticos, ambos profundamente autoritarios.

Una premisa importante que determina el tipo de participación de las organizaciones de trabajadores en el funcionamiento político, económico y social de la posguerra fue su renuncia a sus **proyectos** revolucionarios, aunque en **varios** países latinoamericanos el **sindicalismo** clasista mantuvo la esperanza de cambiar el sistema a través de las luchas de sus organizaciones. La negociación colectiva tripartita se convirtió en uno de los principales mecanismos de resolución de los conflictos industriales, pues en la medida en que se intervenía en la distribución también se podían "regular" los conflictos sociales. La relativa estabilidad económica influía en algunos de los valores de la época² y en un estilo de vida basado en una clara diferenciación del ámbito de lo público y lo privado.³

Estructuralmente la crisis económica interrumpió el crecimiento y el flujo de ganancias en que se basaba el Estado benefactor y sus equivalentes en América Latina. En los intersticios ya habían surgido actores sociales

que, aliados o al margen del movimiento obrero, daban cuenta del nuevo orden que se avecinaba y del nuevo paradigma que se construía sobre él. La reestructuración capitalista a través de las políticas neoliberales desarticuló, por un lado, a las organizaciones obreras y, por el otro, a las viejas versiones del Estado benefactor y sus equivalentes. Los espacios que dejó el Estado al adelgazar su presencia en la economía y en la gestión de la seguridad social, la desregulación de las relaciones laborales, el desempleo y la pérdida de la capacidad de contratación de los sindicatos, entre otras cosas, aceleraron el crecimiento de los nuevos y viejos movimientos sociales.⁴ Algunos de ellos, desprotegidos por el retiro del Estado, comenzaron a cubrir espacios de la reproducción de la fuerza de trabajo e intentaron resolver los nuevos problemas sociales generados por la propia crisis y las políticas neoliberales, que obligaron a los individuos a autoorganizarse ante un Estado que comenzó a evadir su vieja función benefactora. En estas condiciones se va consolidando un nuevo paradigma político sobre las ruinas dejadas por crisis del paradigma anterior, a partir de un funcionamiento económico donde prevalece la presencia de la empresa privada nacional y multinacional y un Estado que se adelgaza paulatinamente. En el caso de América Latina, el paradigma emergente suma a las preocupaciones del antiguo sus nuevos valores y demandas. Los ac-

tores colectivos, antes convocados y encabezados por los trabajadores sindicalizados, ceden a momentos su lugar a nuevos movimientos sociales, donde se agrupan sectores de la nueva clase media —trabajadores de servicios y de lo que queda del sector público—, elementos de la vieja clase media y los marginados en relación con el mercado de trabajo, como los desocupados y subocupados, los estudiantes, las amas de casa, los jubilados, los miembros del sector informal de la economía, así como algunos sectores no urbanos tradicionalmente afectados por las políticas de desarrollo, como los campesinos pobres y los indígenas.

Los nuevos tiempos descentralizaron el conflicto de la producción, las identidades fundadas sobre el trabajo cedieron o compartieron espacios con las identidades construidas en la reproducción. Al espacio fabril o laboral se sumaron el territorio, el cuerpo y su salud, la identidad sexual o étnica, el medio ambiente y las condiciones físicas de vida y supervivencia, como novedosos terrenos de disputa por parte de los nuevos movimientos sociales. Las diferencias entre el viejo y el nuevo paradigma político parecían aclararse. Los que se mueven en el primero, además de pertenecer a colectividades duraderas, todavía tienen una visión dual de su acción social y de sus relaciones —en algunos casos profundamente corporativas— con el Estado: actúan entre lo privado y lo pú-

blico, generalmente con posiciones estatistas e institucionales.

En algunos países de Europa central los movimientos sociales nacidos en la crisis y en la inestabilidad laboral se articulan en tres dimensiones para sus luchas: a) desde la esfera de lo privado politizado, b) desde algunos sectores de la sociedad civil que se organizan a través de acciones políticas no institucionales, c) ante un Estado y una política institucional que miran con cierta animadversión y desconfianza. En América Latina apenas se están definiendo los perfiles que pueden tener y, a pesar de sus derrotas, todavía es el movimiento obrero el más estructurado y presente. Sin embargo, es innegable que la crisis general y la desarticulación de los trabajadores han producido otros problemas y el surgimiento de movimientos sociales que ya no esperan la convocatoria del movimiento obrero para manifestarse sino que, inclusive, llenan de diversos contenidos y demandas algunos de los actos tradicionalmente obreristas como las últimas celebraciones del primero de mayo en México. Otro fenómeno que puede darle sesgos diferentes a estos movimientos sociales y a su relación con el movimiento obrero es el hecho de que la forma de sortear la crisis para muchos desocupados o subocupados de las grandes capitales latinoamericanas no plantea únicamente la vuelta al espacio laboral perdido sino, al contrario, la perspectiva de no volver a ser proletario o trabajador dependiente.⁵

¿Cómo se mueven los organizaciones de los trabajadores en América Latina dentro de esta difícil transición? ¿Cuál ha sido la influencia mutua entre las transformaciones de las relaciones entre los trabajadores, los empresarios y el Estado y los cambios en los modelos de desarrollo?⁶ ¿Cómo responden los trabajadores al cambio de paradigmas y a la presencia de nuevos actores colectivos, cómo se relacionan con ellos? ¿Cómo se confrontan el corporativismo y la autonomía en la historia del movimiento obrero latinoamericano del siglo que se acaba y qué repercusiones y sedimentos de su inercia marcan los comportamientos ante los embates del neoliberalismo? ¿En qué forma se articulan el viejo y el nuevo paradigma político y de qué manera las figuras obreras tradicionales han cedido su lugar a las nuevas y cómo éstas se relacionan con los movimientos sociales? Serán algunas de las cuestiones que desarrollaremos en las siguientes páginas.

LOS CICLOS DE LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO LATINOAMERICANO

Los trabajadores latinoamericanos han desarrollado su historia contemporánea en ciclos. Las condiciones objetivas de la formación de la clase obrera y la propia autonomía de sus desarrollos subjetivos se encuentran y generan una determinada composición social y política de los trabajadores,

que opera como base sociopolítica de despegue para las formas de lucha, de organización y de conciencia que los trabajadores despliegan en un periodo y un lugar determinados. La propia estructura económica es afectada por el conflicto industrial e incide en los actores de esta confrontación. Las generaciones derrotadas pueden o no acumular y transmitir experiencias a las actuales que regeneran su conocimiento de las realidades laborales, experiencias, intereses comunes y formas de identificación nuevas.

Hasta ahora la historia secular de los trabajadores latinoamericanos ha sido cíclica, en un proceso de composición, descomposición y recomposición de estructuras, subjetividades y figuras obreras hegemónicas. Nadie puede garantizar que este ciclo no se interrumpa o que, definitivamente, la producción, el trabajo y el conflicto industrial o laboral pasen a segundo término y que los actores colectivos de la reproducción sean los nuevos sujetos que tomen el lugar de los trabajadores como convocantes sociales y fuente de transformación de los órdenes económico, político, social y cultural. Tampoco se puede apostar con exagerado optimismo a los movimientos sociales de la reproducción, apenas en gestación, y cuya permanencia puede ser temporal o supeditada a la resolución del tema que los convoca.

En América Latina estos movimientos tienen poco tiempo de haberse formado y sólo representan a ciertos sec-

tores de la sociedad (también llamada sociedad civil); no son homogéneos y por su potencial organizativo, su radicalidad y su antiestatismo no garantizan, automáticamente, su carácter democratizador y progresista; no hay que perder de vista que algunos movimientos sociales actuales se nutren de demandas claramente derechistas y sus formas de acción son definitivamente autoritarias. De cualquier manera, el ciclo que se abre con las movilizaciones estudiantiles de los sesenta da cuenta del crecimiento de estos movimientos y de las relaciones que establecen con el movimiento obrero. Insertados ambos dentro de periodos de transición se convierten en puentes temporales e interclasistas que, en sus demandas y mecanismos de relación con el Estado, muestran comportamientos diferentes que pueden formar parte de nuevos paradigmas políticos.

LOS ANTECEDENTES

El movimiento obrero libertario

Durante casi un siglo los trabajadores latinoamericanos han construido su historia, dividida en ciclos y atravesada por los esfuerzos colectivos de mantener su autonomía con relación a los empresarios, los partidos y el Estado. Procurando evitar su institucionalización y luchando por su supervivencia dentro de la estructura económica, la historia secular del trabajo y los tra-

bajadores ha llegado a un punto clave para su continuidad, aunque han convivido con corrientes que procuran mantener relaciones de colaboración con los empresarios, acercarse al Estado e institucionalizarse.

Si buscamos algunos rasgos y afinidades que le den una cierta identidad a los trabajadores latinoamericanos, a finales del siglo pasado e inicios del actual encontraremos una característica común. En los últimas décadas del liberalismo agroexportador la mayoría de los trabajadores se organizaban en sindicatos anarcosindicalistas. Esa fase libertaria, como la han llamado algunos autores (Sader, 1994: 77), combina la presencia de sectores estratégicos de la producción primaria para la exportación con las movilizaciones de trabajadores urbanos en actividades artesanales y semiartesanales y trabajadores estratégicos para la circulación de productos hacia los mercados externos: los mineros y ferrocarrileros de México y Bolivia, los trabajadores del salitre en Chile, los portuarios del puerto de Santos por donde salía la producción cafetalera en Brasil, los jornaleros rurales de la Patagonia y también los ferrocarrileros en Argentina. Junto con estos sectores, ligados de una u otra manera a los agroexportadores, otros contingentes de trabajadores de la industria de aquella época, al lado de artesanos y trabajadores de oficio, encabezaron importantes movilizaciones como las de los constructores de carruajes en Ar-

gentina; las de los trabajadores de los ingenios azucareros en Perú y Cuba; las de los trabajadores de la industria textil de Río Blanco y del Valle de México, de Río de Janeiro y Sao Paulo en Brasil y de Lima en Perú.

A finales de la segunda década y principios de la tercera estos contingentes de trabajadores anarcosindicalistas, precursores de los partidos comunistas y socialistas, son reprimidos y desarticulados. Antiestatistas y radicales defensores de la acción directa, son la expresión de una composición política que, formada en el liberalismo —donde el Estado jugaba un papel de mero vigilante de las relaciones entre empresarios y trabajadores—, se oponía a su institucionalización y a establecer relaciones corporativas con el Estado.

Del populismo a los milagros latinoamericanos

La crisis del librecambismo, el crac del 29, el crecimiento del nacionalismo, la segunda Guerra Mundial y la amenaza del fascismo, entre otros factores, llevaron a los estados latinoamericanos a explorar pactos corporativos entre las burguesías regionales y la clase obrera organizada; a explorar en los planes económicos, en el nacionalismo y en las promesas de mejorar la situación de los trabajadores y campesinos, la salida —no revolucionaria— a un crecimiento importante de las lu-

chas de clases. La propia postura stalinista del socialismo en un solo país, coadyuvó a frenar las luchas de los trabajadores latinoamericanos y de los partidos comunistas de la época que, finalmente, habían conseguido establecer estrechas relaciones con algunos sindicatos obreros. La línea del Partido Comunista de la Unión Soviética llamaba a la defensa del socialismo en la URSS, a postergar las revoluciones y crear frentes populares pluriclasistas para evitar el crecimiento del nazismo y del fascismo y conformar un cerco estratégico que protegiera a ese país, con ello se inhibieron las perspectivas de cambio de importantes sectores de los trabajadores en el continente y se abrió paso al colaboracionismo de clases.

En tiempos donde surgían por doquier los líderes carismáticos y se recrudecía la crisis del liberalismo, los países de Europa, la URSS e inclusive los Estados Unidos daban salidas estatizadoras a sus crisis nacionales. Adoptaban la planificación y las políticas sociales para paliarlas y evitar —como lo expresaba Keynes— que el octubre rojo cundiera por todo el mundo. El Estado como planificador, interventor y benefactor social se iba conformando. El nazismo, el fascismo, el Estado soviético, el *New Deal* norteamericano y los regímenes populistas en América Latina eran versiones diferentes de estados sostenidos por pactos sociales entre los principales factores de la producción, con diversas

dosis de corporativismo y de autoritarismo en sus relaciones con la sociedad.

El cardenismo en México, el peronismo en Argentina y el getulismo en Brasil son las expresiones más acabadas de este fenómeno en Latinoamérica. Con el pretexto de la guerra, lo que a finales de los treinta y principios de los cuarenta se inició con buenos augurios para los trabajadores se convirtió en formas de institucionalización del movimiento obrero, de renuncia o, por lo menos, de subordinación de sus planteamientos socialistas a proyectos nacionalistas, y de pérdida de la autonomía ante el Estado y los partidos políticos.

El ciclo que se inició en el México de los treinta con el más progresista de los populismos de la época, el del gobierno de Lázaro Cárdenas, culminaría en Brasil, en 1964, con un golpe de Estado que canceló el proceso de radicalización del gobierno populista de Joao Goulart. La alianza entre los estados populistas y el movimiento obrero organizado en grandes centrales y sindicatos nacionales de industria y de los servicios emprendió la nacionalización de sectores estratégicos como la industria petrolera, la eléctrica, los teléfonos y los ferrocarriles (México es un buen ejemplo de ello).

Por su parte, durante el gobierno de Goulart, en el estado de Río Grande do Sul, el gobernador Leonel Brizola expropió las instalaciones de la American Foreign Power y nacionalizó la rrr; en 1964, el presidente Joao Goulart

firmó un decreto de reforma agraria y expropió cinco refinerías de petróleo. El populismo llegaba a su punto más alto. La relación corporativa entre el movimiento obrero y el Estado nacionalista e interventor en la economía le garantizaba, al primero, una mejor participación en la distribución y el establecimiento de programas de seguridad social. El golpe de Estado militar interrumpió este proceso y se abrió un nuevo ciclo, el de la revancha liberal que hoy conocemos como neoliberalismo. Al llegar los militares al poder se aplicaron las políticas económicas dictadas por el Fondo Monetario Internacional, se inició el desmantelamiento de los sindicatos nacionales de industria, se clausuró la Confederación de Trabajadores Brasileños, se persiguió a dirigentes estudiantiles, obreros y campesinos y la Unión Nacional de Estudiantes fue disuelta. En lo económico se reactivó el crecimiento del producto interno bruto a través de una inversión extranjera a la que se le otorgaron grandes privilegios, para crear una industria altamente tecnificada con miras a incrementar las exportaciones.

Es interesante comparar las rutas que siguió el movimiento obrero en América Latina donde, a pesar de los pactos populistas, los trabajadores mantuvieron una notable autonomía respecto del Estado en comparación con México, donde se había iniciado el ciclo populista. Mientras que en algunos países de la región el movi-

miento obrero había participado en alianzas con gobiernos populistas para promover reformas sociales, expropiaciones y nacionalizaciones sin hipotecar su autonomía (Bolivia y Brasil) en México, paulatinamente, el movimiento obrero se fue corporativizando hasta convertirse casi en un apéndice del partido oficial, el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Al terminar la segunda Guerra Mundial la Confederación de Trabajadores de México (CTM) ya había dejado atrás sus reivindicaciones clasistas y socialistas, para convertirse en el sustento corporativo más importante de los gobiernos de la revolución mexicana institucionalizada.

Nuevas figuras, nuevas turbulencias

Los años sesenta fueron el inicio de movilizaciones donde los trabajadores intentaron mantener o retomar los espacios perdidos. Una característica de este nuevo ciclo es que, junto al movimiento obrero, se manifestaron actores colectivos provenientes de las nuevas clases medias, como los estudiantes y los trabajadores no industriales. La era de los milagros económicos, la relativa estabilidad de los cincuenta y parte de los sesenta habían permitido el crecimiento de sectores obreros emergentes. En Brasil, Argentina y México crecían los trabajadores industriales ligados a la gran industria automotriz y metalmeccánica multinacional, los nuevos metalúrgicos; en Bolivia conti-

nuaba la fuerte presencia de los mineros del estaño liderados por la combativa Confederación Obrera Boliviana (COB); y en Chile estaban los mineros del cobre dentro de la Central Única de Trabajadores.

En México el movimiento estudiantil de 1968 que, entre otras cosas, pretendía democratizar la vida política del país, fue el antecedente de las luchas de los trabajadores por la independencia y la democracia sindicales, por la recuperación de sus organizaciones sindicales (en manos de las centrales oficiales encabezadas por la vieja CTM) y de la búsqueda de su autonomía ante los patrones, el Estado y su partido. Aparecieron las huelgas de los nacientes sectores del proletariado industrial contra los empresarios, el Estado y, en ocasiones, contra sus propios dirigentes; con reivindicaciones claramente anticorporativas y antiestatistas, más autonomistas que algunos de los viejos sindicatos nacionales de industria y servicio quienes también se rebelaron contra la tutela de sus dirigencias burocráticas.

El ciclo de estas novedosas movilizaciones contó con la incorporación de contingentes de trabajadores de servicios como los telefonistas, los universitarios y maestros de primaria y secundaria en México; de los sindicatos de trabajadores bancarios de Brasil y Uruguay; de los maestros y trabajadores del Estado en Argentina; así como la adhesión de las amas de casa (que eran parte activa de movimientos so-

ciales por la vivienda urbana) y de estudiantes y campesinos pobres y sin tierra. Estos actores, sus demandas y formas de lucha ya portaban elementos de un modelo de desarrollo diferente y su correspondiente paradigma político.

La siguiente expresión de esta, hasta entonces desconocida, ola de luchas de los trabajadores latinoamericanos se escenificó en Argentina; nos referimos al famoso cordobazo de 1969. Los nuevos trabajadores de las fábricas automotrices multinacionales agrupados en el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor, los trabajadores del sector estratégico de Luz y fuerza y los estudiantes, protagonizaron lo que algunos autores calificaron como protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana. Una de las características de este movimiento fue que lo encabezaron trabajadores que tenían altas remuneraciones y altas calificaciones laborales, como los automotrices y sectores *de clase media*, como los trabajadores de empresa pública de Luz y fuerza, algunos de ellos con estudios universitarios, sensibles ante la pérdida de libertades democráticas (Brennan y Gordillo, 1994: 50 y 56) y de fácil identificación con otros sectores escolarizados como *los estudiantes*.

Resulta interesante comparar la composición técnica y social del cordobazo argentino con la de los años de la insurgencia obrera en el México de los setenta. Al igual que en Córdoba, estas

movilizaciones contaron con la participación de los electricistas y los nuevos trabajadores metalúrgicos, los primeros que, como parte de los viejos sindicatos de la industria eléctrica nacionalizada, habían participado en los pactos populistas, los segundos como figuras emergentes del desarrollo de la industria metalmeccánica automotriz, multinacional y nacional de los sesenta. A diferencia de lo que sucedió en Argentina, en México lejos de buscar unirse se repelieron, debido en gran parte a sus posturas divergentes sobre las relaciones entre el movimiento obrero y el Estado. Los electricistas mexicanos, aunque críticamente, aún confiaban en el nacionalismo revolucionario del Estado y, en cierta medida, en el corporativismo, mientras que los nuevos metalúrgicos, en su mayoría, eran profundamente antiestatistas.

Sostenidos en figuras obreras tradicionales no podemos olvidar las grandes batallas de la *cob* en Bolivia, cuya composición de clase era hegemonizada por el sindicalismo clasista de los mineros de la federación sindical de trabajadores mineros de ese país que, en los primeros años de la década de los setenta, resistieron los embates de los militares autoritarios e inclusive radicalizaron al general Torres quien, después de haber llegado al poder como una salida militar antipopular, movió sus posiciones claramente hacia la izquierda. Lo mismo podríamos decir del papel de los mineros del cobre

en Chile y su importante participación dentro de la *cut*, todavía inscrita en las demandas de un populismo radical que, en su profundización, pretendía transitar hacia el socialismo durante el gobierno de Salvador Allende con cuya caída, en 1973, se cierra este ciclo de luchas y se inicia la paulatina desarticulación de la composición de clase que sostuvo estas reivindicaciones. Las bases de sustentación del viejo paradigma político fueron atacadas a partir de la oleada neoliberal. El golpe de Estado en Chile era una continuación, nueve años después, del golpe de Estado en Brasil.

LAS DERROTAS DE LOS TRABAJADORES LATINOAMERICANOS Y LA CONSOLIDACIÓN DEL PARADIGMA NEOLIBERAL

La derrota del sindicalismo en América Latina representa el final de un modelo de desarrollo que fue común denominador de la parte latina del continente: el de sustitución de importaciones. Con sus residuos populistas, nacionalistas, con una fuerte participación del Estado en la producción —a través del sector estatal y paraestatal de la economía— y en la reproducción —a través del sector público y su participación en la seguridad



Obrero en una fábrica de productos de caucho. Foto: J. Maillard, Oficina Internacional del Trabajo

y previsión social, educación, salud y vivienda—, los gobiernos de los países latinoamericanos fueron radicalizando sus medidas. Esto generó un profundo descontento dentro de sus respectivas burguesías regionales, por el crecimiento del gasto público y la participación del Estado en parcelas económicas que juzgaban exclusivas del capital privado, y en el interior de las burguesías multinacionales, a quienes les preocupaban sobremanera las nacionalizaciones de sus empresas. La ola de golpes de Estado que se inició en Brasil fue limpiando el terreno de gobiernos populistas hasta culminar con el golpe de Estado en Chile. En México, el populismo consiguió sobrevivir hasta 1982 cuando se declaró una moratoria que "desencadenó en los países latinoamericanos una serie de medidas de 'ajuste' monitoreadas por los organismos financieros multilaterales (Wachendorfer, 1995: 7), como el Fondo Monetario Internacional.

Después de 1982 el movimiento obrero fue desarticulado dentro y fuera del proceso de producción. En la llamada década perdida, miles de trabajadores fueron despedidos con la justificación técnica de la modernización económica —reconversión industrial—, por la salida del Estado del sector productivo y por los efectos de la crisis. Los estudiosos que tradicionalmente hacían una sociología del sindicalismo, al descubrir la importancia de la unidad fabril y de la empresa como espacios de organización

y conflicto industrial, se desplazaron hacia la sociología del trabajo. El descubrimiento de la importancia de las formas de organización del trabajo, del papel que juegan las tecnologías en la reestructuración productiva y en la desarticulación de los trabajadores dentro y fuera del proceso laboral ha llevado, a los interesados en el tema, a indagar las repercusiones del neoliberalismo y la reestructuración industrial en las formas de organización y de acción de los trabajadores latinoamericanos (ver, Dombois y Pries, 1993 y Wannoffel, 1995).

Paralelamente, subsisten los estudios de sociología del sindicalismo que investigan los impactos de estos procesos de reestructuración en la organización sindical, en las relaciones de éstos con el Estado y con los empresarios que retoman el comando de la producción y, desde ahí, apuntalan sus puntos de vista sobre cómo se deben reorganizar sus relaciones con los trabajadores, con otros movimientos sociales y con los partidos políticos. Esta sociología del sindicalismo, en algunos casos, recupera los avances de la sociología del trabajo (ver Holm-Detlev y Wannoffel, 1993 y Portella y Wachendorfer, 1995).

La crisis de la etapa de la sustitución de importaciones y del auge del populismo también significó la debacle de un sindicalismo con una serie de características comunes, de las cuales extraemos las siguientes:

- Una fuerte orientación política, acompañada muchas veces de una fuerte vinculación a un partido, al estilo del concepto leninista de las correas de transmisión, que con frecuencia llevaba a una división ideológica dentro del movimiento sindical.
- Una estructura corporativista susceptible a la corrupción de las grandes centrales cercanas al Estado (...)
- Una estricta reglamentación y control estatal de las relaciones laborales, así como del campo de acción de los sindicatos (Holm-Detlev y Wannoffel, 1993: 12-13).

Aunque, de acuerdo al grado de colaboracionismo o corporativismo del sindicato, esta reglamentación no se cumpliera.

- Una base social centralizada en grandes sindicatos por rama o por sector industrial o de servicios y centrales nacionales, con grandes aparatos burocráticos en la cúspide que se relacionaban de arriba hacia abajo con sus bases.
- Un bajo índice de sindicalización general cuyas tasas más altas se concentraban en los sectores estratégicos de la industria privada y estatal.
- Una relación corporativa con el Estado y los empresarios a través de un tripartismo institucionalizado.
- Una relación corporativa con los movimientos sociales de la re-

producción y en algunos casos, donde el movimiento obrero estaba más ligado al Estado, inclusive era una relación de confrontación.

A esto hay que sumarle la debilidad de las sociedades civiles latinoamericanas debido, en gran parte, a la poca tradición democrática y al carácter corporativo y autoritario de los gobiernos populistas.

Podríamos agregar también que, dado que prevalecía el corporativismo en sus diferentes manifestaciones, el sindicalismo y el movimiento obrero latinoamericanos mantenían fuertes esperanzas en el Estado —populista o socialista— como motor para el mejoramiento de las formas de distribución de la riqueza o, en su caso, el tránsito al socialismo. El movimiento obrero de la región, salvo algunas excepciones donde prevalecían las posturas socialdemócratas, tenía pocas aspiraciones democráticas.

La ofensiva neoliberal dismanteló el orden económico y su paradigma político correspondiente y puso en crisis este tipo de sindicalismo. Los actores colectivos tradicionales, sus demandas, sus formas de acción y sus valores fueron seriamente golpeados al ser sacudido el anterior modelo de acumulación. La liberación de las importaciones, y su impacto sobre la pequeña y mediana industria hasta entonces protegida, produjo un incremento notable de la participación multinacional

en las economías latinoamericanas. El retiro del Estado de la economía, la privatización de las empresas estatales, la disminución y reestructuración del gasto público y la desregulación de las relaciones laborales incrementaron el desempleo y provocaron, en conjunto, una profunda crisis en el sindicalismo y en el movimiento obrero latinoamericano, que se retiró de la escena política debido a su debilidad en la producción, constantemente presionado por la inestabilidad en el trabajo (amenaza de paros técnicos por crisis de realización y desempleo por cierres, relocalización de empresas, entre otros).

La desestatización de la economía minó al movimiento obrero y no condujo a la automática descorporativización del sindicalismo que algunos habían deseado. En Chile los trabajadores siguen teniendo relaciones muy fuertes de dependencia en relación con los partidos; en Argentina apenas en los últimos años se comienzan a expresar tendencias contra el sindicalismo corporativo ligado a los gobiernos neoperonistas de Raúl Menem; en México se rearticula el corporativismo, ahora con los empresarios y sin perder sus ligas con el Estado y su partido, el PRI.

En países donde los movimientos obreros habían mantenido una fuerte tradición de autonomía, como en Bolivia, el ajuste estructural afectó seriamente a una empresa nacionalizada estratégica para la COB, la Cor-

poración Minera de Bolivia, que redujo su personal de 50,000 trabajadores a 5,000, junto con los efectos de la relocalización de empleado públicos y obreros de empresas privadas (Toranzo, 1995: 109), lo cual debilitó notablemente al movimiento sindical cuyo sector más importante eran precisamente los mineros.

El resultado global de las políticas neoliberales también tuvo repercusiones en el paradigma político y en los valores de una etapa de estabilidad, que hoy se tambalean ante la incertidumbre y la inseguridad generalizadas, en una cada vez más clara politización de la reproducción y de la vida privada. La escasa fuerza de los movimientos sociales fundados en la identidad laboral, la pérdida de autonomía anteriormente ganada por algunos sectores de trabajadores y el desorden propiciado desde las propias cúpulas empresariales y estatales son algunos de los signos de la actualidad latinoamericana.

Ya dentro de un modelo de acumulación diferente y mostrando ciertas características de un nuevo paradigma político el nuevo ciclo del movimiento obrero se inicia en Brasil. Nacido de una realidad donde los gobiernos militares autoritarios rompieron con el Estado populista y su alianza corporativa con los sindicatos, el movimiento obrero emergente se nutre de la fuerza de trabajo de una industria moderna multinacional. Luchadores dentro de un orden antidemocrático,

el sindicalismo y el movimiento obrero tuvieron que construirse abriendo causas democráticas, evitando volver a caer en los vicios de un corporativismo que en el pasado los mantuvo dependientes del Estado, buscando relaciones con una sociedad civil que también se reorganizaba. Como lo expresa Eder Sader (1994: 76)

fue gracias a la experiencia de la cerrazón del Estado, que dejó de ser visto como parámetro para medir la relevancia de cada manifestación social. Comenzaban a surgir interrogantes sobre las potencialidades de los movimientos sociales que sólo podrían moverse fuera de la institucionalidad estatal (...). Esa nueva valorización de la "sociedad civil" expresaba una modificación de posiciones y significados, que se manifestaban tanto en las categorías del pensamiento como en la orientación de las acciones sociales.

Desde finales de los años setenta un nuevo movimiento obrero se organizaba y luchaba dentro de su centro de trabajo con acciones que demostraban un conocimiento profundo del proceso de trabajo (cf. Maroni, 1982 y 1983: 30-52), impulsaban una relación complementaria entre sus dirigencias informales y formales y las bases trabajadoras, que cuidaban el renglón de la calidad de la producción para no desprestigiar sus acciones, que evitaban al máximo las provocaciones que los pudieran enfrentar con el

ejército, que ante la militarización de los centros de trabajo utilizaron espacios sociales alternativos —como la Iglesia— para su organización, lo cual los mantuvo en constante relación con el resto de la sociedad.

Este movimiento sindical, crítico de la dependencia y el sectarismo corporativos,⁷ se organizó en torno a la Central Única de Trabajadores (CUT) y se relacionó a través del Partido del Trabajo (PT),⁸ a la par y con respeto, con otros movimientos sociales como los estudiantes, los campesinos sin tierra, las mujeres, los ecologistas⁹ e incluso con otros partidos afines, en contraste con el movimiento obrero mexicano colocado en el otro extremo (el del sectarismo y el enfrentamiento con relación a los propios trabajadores que se opusieron a su falta de democracia interna, a su verticalismo en relación con sus bases, a su corrupción y a su relación corporativa con el Estado y su partido y a su sectarismo y confrontación frente a los movimientos sociales), en el más puro estilo compartimental de sectores e intereses sociales separados por las grandes organizaciones corporativas.

Otra postura sería la que asumió el movimiento obrero boliviano, cuyo tradicional vanguardismo y obrerismo socialista le impidió relacionarse con los nuevos actores sociales y asumir las demandas y problemas que ellos planteaban. Como lo expresa un conocedor del sindicalismo boliviano cuando apunta que, "debido a su pa-

sado y tradición obrera dominante, decidió vivir encapsulado dentro de sus ideas, fiel a su tradición proletaria, pensando en su utópica nueva sociedad, sin atinar a incorporar a los nuevos actores sociales, y sin abrir posibilidades para pensar y discutir nuevas problemáticas." (Toranzo, 1995).

En un panorama de derrota continental, con un proceso franco de crisis del sindicalismo y de franca "desproletarización" de los movimientos sociales, el movimiento obrero brasileño abrió lo que podría ser un nuevo ciclo del sindicalismo latinoamericano.

EL MOVIMIENTO OBRERO MEXICANO: DE VUELTA AL LABERINTO DE LA SOLEDAD

Mientras el movimiento obrero brasileño procura encontrar nuevas formas de participación dentro de las políticas de ajuste estructural, cuando algunos sectores del movimiento obrero chileno se vuelven a manifestar y el movimiento obrero argentino —a pesar de sus semejanzas con el mexicano, sobre todo en su relación corporativa con el Estado— comienza a responder a la política económica de Raúl Menem, en México, el sindicalismo vive aletargado por los efectos de una derrota reciente y la rearticulación de un corporativismo sindical menos estatista y más empresarial, se mantiene en la casi inmanencia política y a la retaguardia de la respuesta social al neoliberalismo en el país y en el continente. A un

nuevo orden económico, el sindicalismo corporativo mexicano y gran parte de los sectores independientes, responden con formas políticas del viejo paradigma. No redimensionan su actuación ante una realidad en la que el empresariado privado, nacional y multinacional, volcado a la exportación ha retomado el comando de la producción y a partir de ahí pretende influir en los rumbos políticos de la sociedad y del Estado, en una variante empresarial del corporativismo.

En México una parte importante del sindicalismo independiente y la propia izquierda mantienen posiciones corporativas, estatistas y populistas. A diferencia de Brasil, donde el movimiento obrero se deslindó desde un principio del populismo nacionalista de corte corporativo o de Bolivia, donde tradicionalmente ha mantenido posiciones de notable autonomía, los trabajadores mexicanos todavía no hacen ese ajuste de cuentas. De cualquier manera, las dos últimas marchas del día del trabajo en la ciudad de México, como actos simbólicos, nos muestran algunas novedades importantes para efectos de este análisis.

El primero de mayo ha pasado a ser una celebración de trabajadores del terciario, de sectores de una clase media golpeada por la crisis (El Barzón) y de los sin trabajo. La fecha, el primero de mayo, y el lugar, el zócalo, son aprovechados para protestar contra los efectos de las políticas económicas del neoliberalismo. El sindica-

lismo corporativo tradicional, temeroso de ser devorado, se ha retirado a un espacio cerrado: el auditorio del Congreso del Trabajo (CT), para resguardar su relación corporativa con el Estado. El 10. de mayo de 1996 sirvió para que se expresaran por un lado los dirigentes burocráticos (CTM y CT) y, por el otro, en el mismo lugar pero a diferentes horas, los contingentes del corporativismo modernizado (Federación de Sindicatos de Empresas de Bienes y Servicios, Fesebes), lo que queda de los sindicatos independientes, los trabajadores de la Ruta 100, las clases medias endeudadas del Barzón y los subocupados y desocupados, al lado de los movimientos urbano populares. Los grandes ausentes fueron los obreros industriales.

Esta convergencia del movimiento obrero con otros movimientos sociales no es original, desde los años de la insurgencia sindical (1972-1980), los trabajadores industriales y de servicios, la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (Suterm), los telefonistas, el Frente Auténtico del Trabajo (FAT), la Unión de Obreros Independiente (UOI), los trabajadores de las grandes siderúrgicas y los automotrices, entre otros, marchaban junto a los estudiantes, campesinos y movimientos urbano-populares.

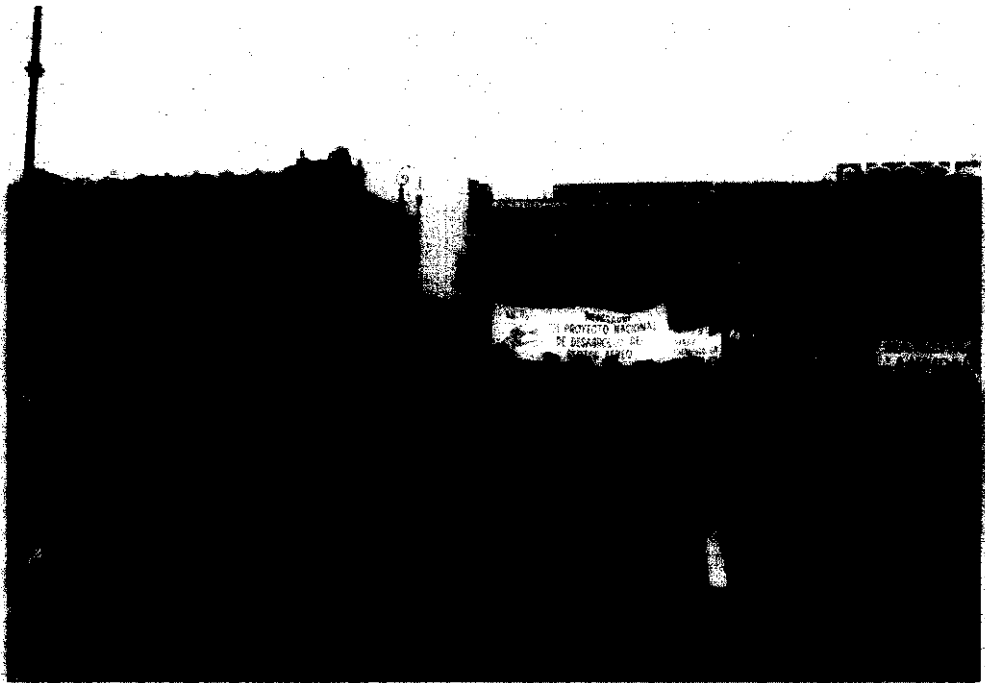
Al inicio de los ochenta el sindicalismo independiente, convocado por las grandes movilizaciones del magisterio insurgente de la Coordinadora

Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) y los trabajadores de la Coordinadora Sindical Nacional, marchó junto a los campesinos (Coordinadora Nacional Plan de Ayala, CNPA) y con la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP) y el Frente Nacional Contra la Represión. Por aquellos años, al final del sexenio de José López Portillo, se realizaron los primeros intentos de paros cívicos y se comenzó a hablar de la sociedad civil.

Entre 1982 y 1988 se resintieron los primeros efectos de los ajustes neoliberales. La liberación de precios de los bienes y servicios del sector privado, el control del gasto público, la desincorporación de empresas del Estado, la flexibilización del comercio exterior y el congelamiento de salarios produjeron pobreza, desempleo y crisis de expectativas. Durante estos años creció el protagonismo juvenil expresado de diversas maneras: las bandas del lado oriente de la ciudad que se agruparon en el Consejo Popular Juvenil, la organización espontánea de los grupos de jóvenes voluntarios que participaron en las labores de rescate del terremoto de 1985 o en movilizaciones como las del Consejo Estudiantil Universitario de 1987 que, en conjunto, abrieron esperanzas sobre una sociedad civil que volvió a ser nombrada y discutida.

Analizando el movimiento obrero y sus encuentros y desencuentros con otros movimientos sociales encontramos tres características:

1. Los trabajadores industriales, después de haberse reestructurado a finales de los setenta, no están presentes en estos encuentros. Después de 1982, los trabajadores industriales sólo hacen acto de presencia esporádicamente con acciones, generalmente defensivas, dentro y fuera de sus centros laborales. (Siderúrgica Lázaro Cárdenas, —SICARTSA—, Cervecería Modelo, Ford de Cuautitlán, Volkswagen de México, etcétera).
 2. El sindicalismo corporativo jamás se relaciona con otros movimientos sociales.
 3. El sector de trabajadores que se relaciona con otros movimientos sociales a partir de los ochenta es el de los trabajadores del sector terciario (maestros de primaria, académicos y administrativos de las universidades, del transporte metropolitano de la Ruta 100).
- Ante las posturas duales que plantean o todo el poder a los movimientos



Pilotos aviadores manifestándose por la transformación del sindicalismo mexicano

sociales de la reproducción o todo el poder al movimiento obrero. Nosotros consideramos que:

1. El sindicalismo tal y como está difícilmente podrá convertirse en movimiento y poco puede incidir en un encuentro con otros movimientos sociales en pos de nuevas demandas no sólo de la producción sino de la reproducción.
2. La experiencia nos muestra que el encuentro de ambos movimientos (los sociales y un nuevo movimiento obrero) puede ser más rico y más fuerte, sobre todo si este último se reestructura y se adecua a los nuevos paradigmas políticos en aras de hacer política por vías no institucionalizadas.
3. Sin embargo, de no lograrse esta esperada coincidencia la apuesta es por romper el orden corporativo, antidemocrático, centralizador y creador de dependencias; sin esperar que éste solo pueda ser abierto a través de esa difícil alianza, ambas fuerzas, ambos momentos de la existencia moderna, la identidad laboral y la identidad civil, pueden expresarse por separado. Lo importante es que, junto con las demandas económicas, se expresen las reivindicaciones por el respeto a la identidad corporal y sexual de los individuos; por el respeto

a la identidad cultural, étnica, nacional y lingüística; así como por el respeto al entorno físico, a los derechos humanos, a la autonomía y a la capacidad de querer cambiar el mundo, a la utopía.

Hemos hecho un breve recorrido histórico por el movimiento obrero de América Latina. Colocados ante el contraste de otras realidades somos escépticos sobre el presente y el futuro inmediato de los trabajadores mexicanos. La ausencia de movilizaciones dentro o fuera del espacio laboral o de signos de cambio por parte de los obreros industriales es un hecho que demuestra que las políticas de ajuste, además de afectar económicamente, han conseguido depurar, disciplinar y "docilizar" a las nuevas generaciones de trabajadores.¹⁰ Por otro lado, las organizaciones obreras que respondieron a la crisis de diferentes maneras resistiéndose, concertando o adecuándose pragmáticamente se reducen a tres grandes bloques: el sindicalismo independiente y de resistencia anclado en el pasado, el sindicalismo concertador neocorporativo de la Fesebes y el sindicalismo de oportunidad de la CTM con un corporativismo pragmático.

Ninguno de los tres sectores cuestiona seriamente el corporativismo, en el caso de los sindicatos independientes, la resistencia que predomina se remite al pasado populista, al discurso nacionalista de la Revolución Mexicana y a cierta confianza para

reintegrar el Estado a ese rumbo. En el caso de la Fesebes sus posturas caen en un neocorporativismo de empresa recientemente desnacionalizada, que confía en el nacionalismo del nuevo empresario privado. En el caso de la CTM su tradicional corporativismo hoy se mueve, pragmáticamente, en dos terrenos; en su relación con los patrones se acerca a un corporativismo de comando empresarial, en relación con el Estado mantiene su dependencia a través del partido oficial.¹¹ En suma, la autonomía del movimiento obrero no es parte de la agenda de las organizaciones de los trabajadores mexicanos.

Ante este vacío las esperanzas se fincan en los movimientos sociales de la reproducción como sujetos "descorporativizadores". Es verdad que han crecido, que en algunos casos han conseguido una cierta permanencia a través de las organizaciones no gubernamentales (ONG), que su presencia en las últimas dos celebraciones del día del trabajo ha sido numerosa, que indudablemente expresan demandas de una parte dinámica de la sociedad y que, al desplazar la relación dual de lo público y lo privado, están abriendo espacios para acciones políticas no institucionalizables y con mayores márgenes de autonomía con relación al Estado. Sin embargo, estas organizaciones todavía son débiles, en algunos casos es exagerado el optimismo sobre su peso real y sobre su capacidad para construir y mover la sociedad civil de un país con poca tradición en

este renglón. Se piensa que hablar de nuevos movimientos sociales o de ONG es sinónimo de autonomía, democracia, pluralismo y progresismo ideológico, sin tomar en cuenta que la nueva derecha también se organiza y crea sus ONG tan autoritarias y conservadoras como puede ser el movimiento de Provida convertido en ONG. Los movimientos sociales, tradicionales y nuevos, todavía tienen un buen trecho por recorrer y, sin duda, su fuerza se incrementaría con un encuentro con un movimiento obrero de nuevo tipo.

En un escenario de recomposición de los trabajadores, si algo podemos recoger de la contrastación de este nuevo movimiento obrero con el del resto de América Latina, el primero debería constituirse con una propuesta alternativa de autonomía, basada en un necesario reconocimiento de la fábrica transformada y un claro involucramiento en los problemas de la producción como son, hoy por hoy, la productividad, la calidad de los productos y la relación entre la fábrica y su entorno físico y social. En su relación con otros movimientos sociales debería romper con su vanguardismo y respetar la autonomía de los primeros. Además de superar el corporativismo tradicional, debería crear una cultura política plural que desplaze el sectarismo y abra el paso a la pluralidad y la democracia sindical.

Ciertamente una de las experiencias más importantes de las últimas décadas fue la construcción del PT en

Brasil. Con una nueva izquierda no populista, no estatista, no sectaria y no vanguardista, la creación de un partido con estas características contribuyó en gran medida a una nueva relación de los trabajadores con otros movimientos sociales brasileños. Un escenario de recomposición de la clase obrera tendría que ir acompañada de una transformación de los partidos de izquierda que podría aprender mucho de la experiencia brasileña, empezando por desembarazarse de sus residuos vanguardistas, populistas, nacionalistas y corporativos.

Desafortunadamente el movimiento obrero y las organizaciones sindicales mexicanas no cuestionan la falta de democracia en sus organizaciones y no han roto las ligas corporativas que los atan a los empresarios, los partidos políticos y el Estado. Por ello, en comparación con sus pares de América Latina se han quedado en la retaguardia, deambulando en el laberinto de su renovada "soledad corporativa".

NOTAS

¹ Habría que precisar hasta qué punto el Estado en América Latina cumplió con las características y los objetivos del llamado Estado de bienestar, sobre todo observando los enormes rezagos sociales y políticos que dejó pendientes y que hasta hoy persisten. Sin embargo, para no caer en las posiciones aislacionistas de la especificidad latinoamericana, es importante reconocer el carácter particular de los populismos

pero dentro de un orden mundial y como respuestas a problemas de una crisis política y económica que involucraba tanto al capitalismo occidental como al socialismo burocrático de los países del Este.

² Estabilidad que generó un amplio sector de clase media, una confianza social en la movilidad social vertical y horizontal del sistema, una clara propensión al consumo y al consumismo y un reforzamiento de las identidades laborales y sus correspondientes valores sociales que se reproducían en la cotidianidad familiar, escolar y laboral.

³ Para profundizar en la lectura política que le corresponde a estas fases del desarrollo capitalista contemporáneo recurrimos a C. Offe, ya que nos brinda la oportunidad de entender críticamente el tránsito al paradigma político que le sigue al Estado benefactor. Sin aferrarse a visiones del pasado y sin entusiasmarse demasiado por el presente, trata de comprender esta transición y sus tendencias donde, entre otras cosas, los nuevos movimientos sociales aparecen como sujetos sociales *potenciales* y espacios de lucha de la sociedad civil ante la fragmentación y la derrota que, sobre todo en el caso de América Latina, han sufrido los actores colectivos característicos del viejo paradigma, como el movimiento obrero (cf. Offe, 1988: 163-244).

⁴ Para el caso de América Latina consideramos que durante los años sesenta los movimientos sociales de la reproducción aparecen al lado del movimiento obrero. En el caso de México, estos movimientos sociales —de médicos y de estudiantes— incluso encabezaron el resurgimiento de las luchas sociales ante la crisis del llamado desarrollo estabilizador y su respectivo paradigma político, a las que posteriormente se incorporaría el movimiento obrero. Los nuevos movimientos sociales —pacifistas, genéricos, étnicos, de respeto al cuerpo, a la se-

xualidad alternativa y al medio ambiente— van incubándose y, en algunos casos, autonomizándose de los movimientos sociales que todavía se mueven con reivindicaciones y formas de lucha del viejo paradigma, durante los años sesenta y los ochenta.

⁵ Ver el interesante trabajo de Rafael Tapia (1995: 161-179) sobre la desvinculación entre discurso sindical clasista y la mentalidad emergente de los trabajadores de la pequeña empresa peruana.

⁶ "Un modelo de desarrollo (...) implica una estrecha relación con la economía y la política, entre la organización de la producción y la organización del trabajo, entre los aspectos técnicos y la política social de la acción empresarial. Se trata de una visión en la que la economía guarda una relación íntima con marcos institucionales de regulación, sobre todo en las áreas del control de la fuerza de trabajo y de las disposiciones legales que afectan el mercado de trabajo" (Zapata, 1995: 31). Completamos esta noción con la de paradigma político de Offe porque nos permite salir de lo estrictamente laboral, colocarnos en el terreno de la reproducción, de la política y de sus movimientos sociales y abrir este esquema a la relación entre la producción y la reproducción, la fábrica y la sociedad.

⁷ A pesar de la existencia de otras centrales, desde antes de su constitución y de la caída de la dictadura, los trabajadores han mantenido foros comunes y una relación de respeto a la diversidad entre sus diferentes organizaciones. Un producto de esta relación es el Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socioeconómicos en donde laboran profesionistas de diversas disciplinas para asesorar a los trabajadores, organismo financiado con cuotas de las organizaciones sindicales y cuyos servicios son otorgados sin distinción de corrientes.

⁸ El Partido del Trabajo (PT) nace a finales de los setenta como producto de una relación entre los trabajadores y los intelectuales que supera aquella vieja relación, corporativa y heterónoma, de los trabajadores respecto a los intelectuales y que tiene su origen en la versión marxista del partido "jeríngá". Marx mantuvo dos visiones sobre el partido obrero y el concepto de clase, una que podríamos llamar "autonomista", que planteaba que la emancipación de los trabajadores debería ser obra de los trabajadores mismos, basada en un concepto de clase donde clase *en sí y para sí*, posición en la producción y conciencia, formaban parte de un binomio único, aunque las relaciones entre sus dos elementos fueran tensas, contradictorias y complementarias. Otra fue la que dio lugar a una concepción de partido sobre el cual, Bakunin, pronosticó que se convertiría en la base de la dictadura de la *intelligentzia* sobre los trabajadores, sobre esta discusión cf. Carlos Marx, 1973 y Wolfgang Dressen, 1978. Esa versión marxista-lassalleana de partido fue el antecedente de la que fue reivindicada por Kautsky, en la cual la conciencia socialista sólo podía venir de una cúpula de intelectuales radicalizados que, posteriormente, fue la inspiración de Lenin y la base sobre la cual Stalin construyó la dictadura de una burocracia de partido sobre los trabajadores y la sociedad soviéticas.

El PT evitó esa forma tradicional de organización entre los viejos partidos de la izquierda latinoamericana, fue el producto de una convocatoria hecha por los trabajadores industriales, encabezada por los metalúrgicos de la industria metalmeccánica-automotriz multinacional y los trabajadores del sector terciario, encabezados por los bancarios, a la cual se incorporaron, *a la par*, los intelectuales y parte de la llamada *intelligentzia* técnica, algunos de ellos ya asumidos como asalariados sindicalizados, y otros movimien-

tos sociales del campo y del espacio de la reproducción.

⁹ Un ejemplo de esta novedosa relación entre un movimiento obrero estructurado sobre un nuevo paradigma y producto de una síntesis subjetiva que lo diferenciaba del viejo sindicalismo populista, fue la candidatura a gobernador de Río de Janeiro de un dirigente del partido ecologista que fue apoyada por el PT sin intentar supeditar sus demandas y su programa a su incorporación al partido o a una concepción de corte obrerista como generalmente se hacía en los partidos de la vieja izquierda corporativa.

¹⁰ La "desproletarización" se expresa en la terciarización de la economía; en el despido selectivo y depurador de trabajadores más antiguos, por lo tanto más caros y más combativos; en la substitución de generaciones completas de trabajadores al reducirse de tiempo de vida útil en la industria; finalmente, la relocalización y el desempleo no se tradujeron, como algunos hubieran pensado, en la proletarización de otros sectores, las nuevas ocupaciones y subocupaciones tienden a convertir a los antiguos trabajadores en "patrones de sí mismos", con valores diferentes a los de su pasado laboral.

¹¹ Esto sin tomar en cuenta el crecimiento del corporativismo colaboracionista de corte empresarial que se maneja en las empresas de los grupos industriales del norte del país, con su antiestatismo radical, su patrimonialismo en el manejo de las relaciones laborales y su profundo conservadurismo en los valores que intentan imponer, desde la producción, sobre la vida cotidiana de la sociedad.

lar e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo", en *Estudios*, núm. 4, jul.-dic.

Dombois, Rainer y Ludger Pries (eds.)
1993 *Trabajo industrial en transición: experiencias de América Latina y Europa*, Fundación Ebert de México/Colegio de Puebla/Editorial Nueva Sociedad, Caracas.

Dressen, Wolfgang
1978 *Antiautoritarismo y anarquismo: debate Bakunin-Marx*, Anagrama, Barcelona.

Holm-Detlev, Kohler y
Manfred Wannoffel (coords.)
1993 *Modelo neoliberal y sindicatos en América Latina*, Fundación Ebert de México, México.

Maroni, Amnêris
1982 *A estratégia da recusa. Análise das greves de maio 78*, Ed. Brasiliense, Sao Paulo.
1983 "A fábrica: espaço de poder", en *Desvios*, núm. 2, pp. 30-52.

Marx, Carlos
1973 *Notas marginales sobre la obra de Bakunin, el Estado y la anarquía*, Edit. Controversia, Bogotá.

Offe, Claus
1988 *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Editorial Sistema, Madrid.

Portella, María Silvia
y Achim Wachendorfer
1995 *Sindicalismo latinoamericano: entre la renovación y la resignación*, Nueva Sociedad, Caracas.

Sader, Eder
1994 "La emergencia de los nuevos sujetos sociales" tomado de *Acta Sociológica*, en Alfie, Miriam (recopiladora), *Antología de movimientos sociales*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.

Tapia, Rafael
1995 "Patrones de su destino: sindicalismo clasista y nuevas mentalidades obreras en la pequeña empresa peruana", en Portella de Castro, María Silvia y Achim

BIBLIOGRAFÍA

Brennan, James P. y Mónica B. Gordillo
1994 "Protesta obrera, rebelión popu-

- Wachendorfer, *Sindicalismo latinoamericano: entre la renovación y la resignación*, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 161-179.
- Toranzo Roca, Carlos F.
1995 "Impactos del ajuste estructural en el movimiento sindical boliviano", en Portella de Castro, María Silvia y Achim Wachendorfer, *Sindicalismo latinoamericano: entre la renovación y la resignación*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Wachendorfer, Achim
1995 "Presentación", en Portella de Castro, María Silvia y Achim Wachendorfer, *Sindicalismo latinoamericano: entre la renovación y la resignación*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Wannoffel, Manfred (coord.)
1995 *Ruptura en las relaciones laborales*, Fundación Ebert de México y Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- Zapata, Francisco
1995 "Reestructuración en América Latina: ¿con o sin la presencia de los sindicatos?", en Portella de Castro, María Silvia y Achim Wachendorfer, *Sindicalismo latinoamericano: entre la renovación y la resignación*, Nueva Sociedad, Caracas.